Salmos diarios, Ciclo I, Año Impar. Explicados

XIII Semana del Tiempo Ordinario

Miércoles

Salmo 33

(Cfr. JUAN PABLO II, 8 de junio 1999)

El Señor escucha el clamor de los pobres. "El clamor de los pobres" (cf. Jb 34, 28) de todo el mundo se eleva sin cesar de esta tierra y llega hasta Dios. Es el grito de los niños, de las mujeres, de los ancianos, de los prófugos, de los que han sufrido injusticias, de las víctimas de la guerra, de los desempleados.

Los pobres están también entre nosotros: los que no tienen hogar, los mendigos, los que sufren hambre, los despreciados, los olvidados por sus seres más queridos y por la sociedad, los degradados y los humillados, las víctimas de diversos vicios. Muchos de ellos intentan incluso ocultar su miseria humana, pero es preciso saberlos reconocer. También son pobres las personas que sufren en los hospitales, los niños huérfanos o los jóvenes que tienen dificultades y atraviesan los problemas propios de su edad.

"El clamor y el grito de los pobres" nos exige una respuesta concreta y generosa. Exige estar disponibles para servir al prójimo. Es una exhortación de Cristo. Es una llamada que Cristo nos hace constantemente, aunque a cada uno de forma diversa. En efecto, en varios lugares el hombre sufre y llama a sus hermanos. Necesita su presencia y su ayuda. ¡Cuán importante es esta presencia del corazón humano y de la solidaridad humana!

Sin embargo, Jesús también nos habla de una pobreza, de la pobreza espiritual, al decir: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la buena nueva" (Lc 4, 18). Él consideraba a los pobres los herederos privilegiados del reino. Eso significa que sólo "los pobres de espíritu" son capaces de recibir el reino de Dios con todo su corazón. El encuentro de Zaqueo con Jesús muestra que también un rico puede llegar a participar de la bienaventuranza de Cristo sobre los pobres de espíritu.

"Bienaventurados los pobres de espíritu". Es el grito de Cristo que hoy debería escuchar todo cristiano, todo creyente. Hacen mucha falta los pobres de espíritu, es decir, las personas dispuestas a acoger la verdad y la gracia, abiertas a las maravillas de Dios; personas de gran corazón, que no se dejen seducir por el resplandor de las riquezas de este mundo y no permitan que los bienes materiales se apoderen de su corazón. Son realmente fuertes, porque poseen la riqueza de la gracia de Dios. Viven con la conciencia de que todo lo reciben siempre de Dios.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)